

# HISTORIA DOCUMENTAL DE MIS

## 1. Torrijos, 1915

**A**L primer acto madrileño, o “acto de las posadas”, corresponden casi todos los *Cartones de Madrid*: véase el segundo capítulo de estos apuntes. El siguiente acto, etapa de Torrijos, se inicia con la *Visión de Anáhuac*: véase el capítulo tercero. Aquí acomodan también los trabajos que enumero a continuación:

a) “Góngora y *La gloria de Niquea*”: mi primera contribución de aliento a la *Revista de Filología Es-*



Don Luis de Góngora

## CUESTIONES GONGORINAS

POR

ALFONSO REYES



ESPASA-CALPE S.A.

M. CMXXVII

*Cuestiones gongorinas de A. Reyes*

pañola. (II, 1915, 3º, pp. 274-282. En adelante designaré esta revista con la sigla acostumbrada en el mundo de la erudición, a saber: RFE. Este trabajo ha sido recogido en mis *Cuestiones gongorinas*). Posible es que tales páginas ofrezcan, de pasada, algún interés, ya sobre la personalidad de Villamediana, sobre los secuaces de Góngora, sobre la técnica de la octava real en el maestro cordobés, etc. Pero la tesis principal, la atribución a Góngora de la “Alegoría de Aranjuez” —prólogo en verso a *La Gloria de Niquea*, comedia de Villamediana— no queda del todo esclarecida. En la edición gongorina de Foulché-Delbosc, preferimos por eso mencionar este fragmento entre las atribuciones dudosas. (*Obras de Góngora*, III, p. 129). Tampoco se declaró convencido Dámaso Alonso, por la escasa fe que merece Angulo y Pulgar, autor del siglo xvii en que yo me

## LIBROS

V Resumen de dos años

Por Alfonso REYES

fundaba. (“Crédito atribuible al gongorista don Martín de Angulo y Pulgar”, RFE, XIV, 1927, 4º, pp. 368 y ss.). Yo mismo he abandonado ya esta tesis.

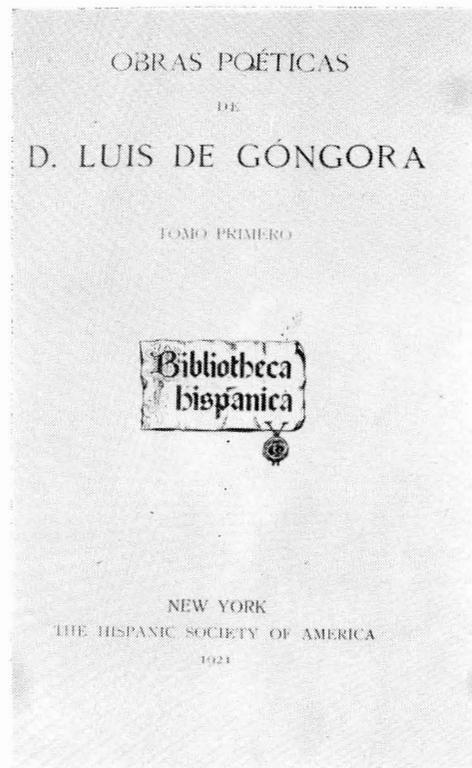
b) Sobre A. Coster, *Baltasar Gracián*. (RFE, II, 1915, 4º, pp. 377-387. Recogido en la primera serie de mis *Capítulos de literatura española* bajo el título: “Una obra fundamental sobre Gracián”). Respecto al punto “Gracián y Loyola”, fácilmente se aprecia que algunas observaciones de este trabajo fueron aprovechadas y desarrolladas en *El Suicida* (“La filosofía de Gracián”). Pues, naturalmente, había una circulación de preocupaciones y temas entre mis diversas actividades.

c) “Contribuciones a la bibliografía de Góngora”, especialmente las notas núms. 1 a 21, en colaboración con Martín Luis Guzmán. Para las siguientes, conté con la ayuda de Enrique Díez-Canedo, y son



Baltasar Gracián

ya algo posteriores. (RFE, III, 1916, 2º, págs. 171-182 y IV, 1917, 1º, págs. 90-132. Todo ello recogido en mis *Cuestiones gongorinas*). Al “instante filológico” de Martín Luis Guzmán, de que hoy pocos tienen noticia, corresponde también, entre otras cosas, la edición por él preparada de varios poemas inéditos de Gregorio Silvestre —siglo xvi—, que yo envié para su publicación a la *Revue Hispanique*. “—¿Se acuerda usted? —he preguntado recientemente a Martín, con objeto de comprobar



*Obras poéticas de Góngora*

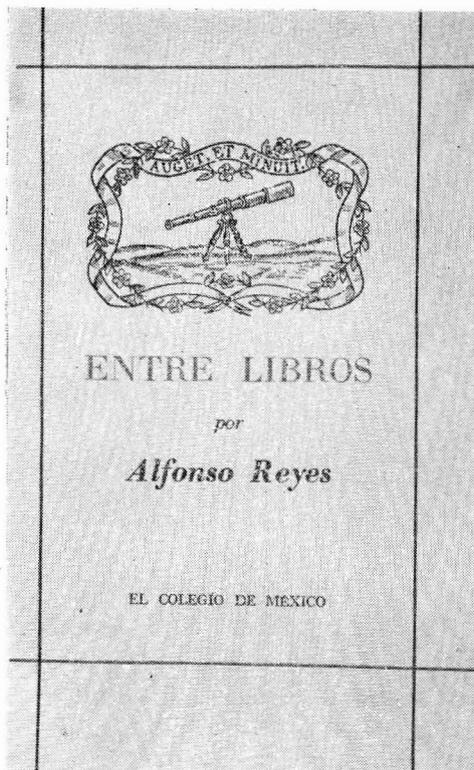
el dato.—¡Ya lo creo que me acuerdo! —me contestó—. Como que en esa transcripción casi me dejó los ojos... El soplo me lo dió don Ramón Menéndez Pidal, quien un día, cuando yo entraba a la Nacional, me enseñó que buscara inéditos de Silvestre en la sala de manuscritos.” Martín Luis, al mismo tiempo, mantenía cierta actividad de informador político, afecto al partido “villista”, de que sólo guardo un testimonio: *Los sucesos de México. Boletín publicado por la Agencia Informativa del Gobierno Mexicano*. Madrid, 1º de mayo de 1915. Núm. 1. Esp.

d) De 1912 a 1923 se extienden las reseñas que recogí en *Entre libros*, 1948. Las tres primeras son de México (*Argos, Mundial, Biblos*, 1912 a 1913); treinta y cinco se publicaron ya en la RFE, comenzando por una noticia sobre la antología española de Hills y Morley,

I, 1914, pág. 411, y acabando con una noticia sobre las ensayos de literatura cubana de José María Chacón y Calvo, X, 1923, N° 4; una apareció en la *Revue Hispanique*, sobre una edición de *La española de Florencia*, de Calderón, LXI, 1917, N° 99; sesenta y nueve corresponden al diario *El Sol* y van de 1917 a 1919; una, sobre la edición de Espronceda preparada por Moreno Villa, se entregó a la *Revista de Occidente*, I, 1923 págs. 118-122; y dos más, sobre las *Dos mil quinientas voces castizas*, de Rodríguez Marín, y sobre un "bestiario" de Hernández Catá, a la revista *Social*, de la Habana, IV, 1922 y II, 1923, respectivamente. El escritor cubano César Rodríguez ha publicado también una obra con el título *Entre libros*, título que él viene usando para sus crónicas bibliográficas en la revista *Avance*, de la Habana, desde 1934 según entiendo. En su nota allí aparecida el 23 de junio 1948, en vez de gruñir como otro lo hubiera hecho, se declara ufano de la coincidencia; la cual, aunque inconsciente, bien pudo ser una verdadera influencia inconsciente, como yo se lo confesé por carta.

e) "Ruiz de Alarcón y las fiestas de Baltasar Carlos" (*Revue Hispanique*, 1916, y en la primera serie de mis *Capítulos de literatura española*). Me explico al respecto en "El reverso..." (*Pasado inmediato*). Toco el mismo asunto al final del artículo "Felipe IV y los deportes" (*Retratos reales e imaginarios*) y en el *Teatro* de Ruiz de Alarcón que preparé para "La Lectura", pág. XVII.

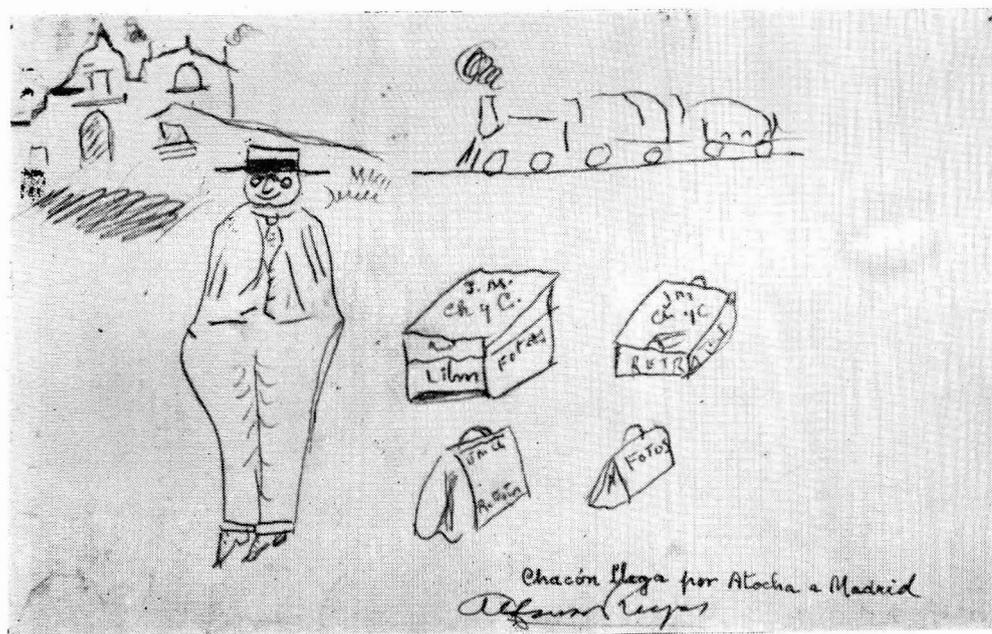
f) Notas ligeras, nunca reunidas en volumen, que solía yo enviar



Entre libros de A. Reyes



Carlos Pereyra, profesor de Historia de México en la Escuela Nacional Preparatoria, hacia 1907



Chacón llega por Atocha a Madrid

a varias revistas americanas, como a *Las Novedades* de Nueva York.

A fines de 1915, caí víctima de una tifoidea que me retuvo un mes en cama. Ya he dicho que la casa de Torrijos era muy húmeda. El techo era de ladrillo abovedado. De las viguetas caían gotitas de agua y, como la cama resultó mayor que el intervalo entre una y otra vigueta, había que cambiarla de sitio, ya en un sentido y ya en el sentido transversal, para que, tras de mojarse a lo largo, se mojara a lo ancho, dando tiempo a que se medio secara la otra parte. Entonces curaban la tifoideas con dos lavados intestinales diarios (¡yo debo de tener tripas "sellomáticas"!), y con dieta de leche y cierto carísimo jarabe de carne. Apenas repuesto, decidí mudarme, acercándome algo más al centro de la ciudad, a la casa N° 32 (hoy 60), calle del General Pardiñas. Todavía tuve la mala suerte de que mi criada bretona (esa Anna Quéau que cito en "Rumbo al Sur", *Las vísperas de España*), inundara el departamento, por haber dejado abiertos los grifos del baño cuando fué a lavar los pisos para preparar la mudanza. Además, no bien instalado allí, tuve una recaída que se prolongó por otro mes. Me quedé hecho una sombra de mí mismo, repitiendo aquello de

Aprended, flores, de mí  
lo que va de ayer a hoy.

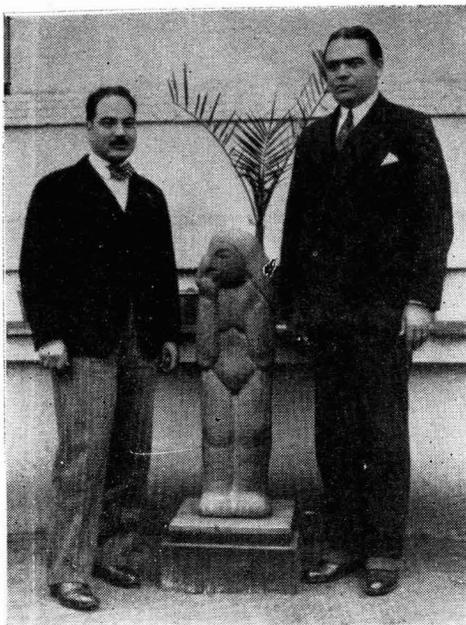
## 2. Pardiñas, 1916.

Y aquí el tercer acto, escena primera, de mis moradas en la Corte. Creo que se inicia más o menos con el año de 1916. Guzmán se marchó a Nueva York por el mes de marzo. Acevedo se trasladó con su esposa e hijo a otra posada donde le nació el segundo retoño, y luego —empedernido adorador del folklore— fué a dar por el barrio de Lavapiés, donde yo no creo que viviera a gusto. Ocupaba un verdadero sótano, con ventilas o semiventanas a la calle. Por ahí, los faunillos de la vecindad hacían sus diabluras, obligando a la pobre Dolores a limpiar constantemente el suelo. Acevedo se nos fué poniendo muy melancólico. Acabó por irse con los suyos a no sé qué ciudad de Texas. Y allí se apagó para siempre aquel mexicano tan fino, tan hijo de su ciudad como Sócrates, el que prefirió la muerte al destierro.

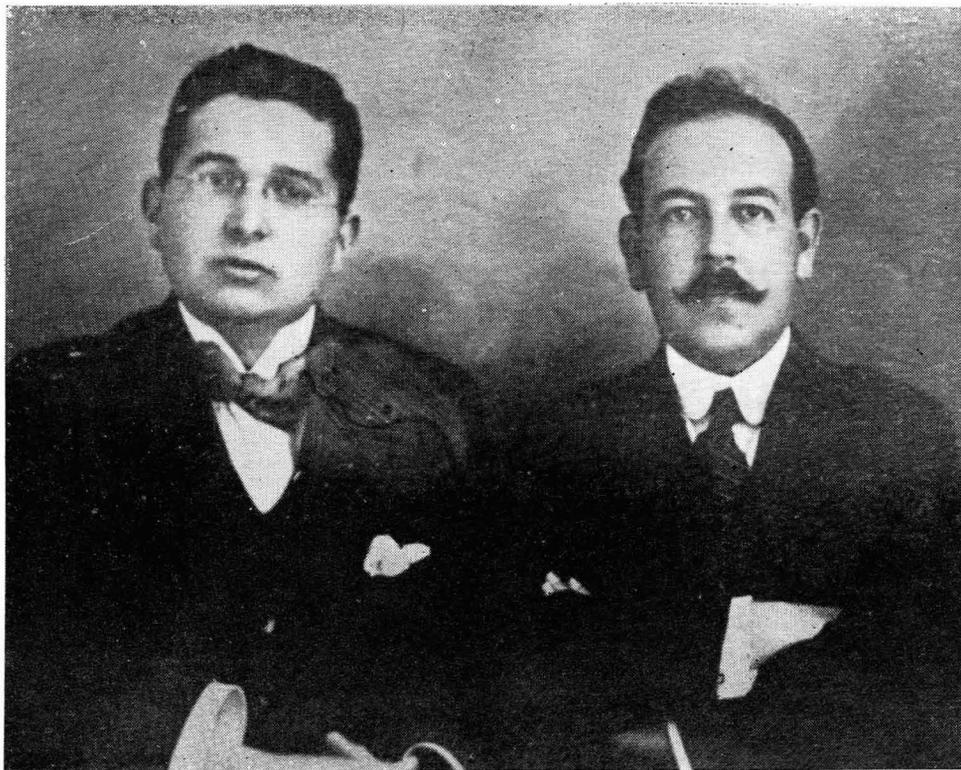
En Pardiñas comenzó para mí una era de intensa actividad. Allí aderecé *El Suicida* y las obras que más adelante enumeraré. Pero un día hicimos una verdadera locura.

El historiador Carlos Pereyra, mi antiguo maestro en la Preparatoria y en la Escuela de Leyes, y luego Ministro en Bruselas, ahora cesado como los demás funcionarios de nuestro Servicio Exterior y obligado a salir de Bélgica por la invasión alemana, me escribía en términos tan apremiantes sobre la necesidad de juntarnos en la desgracia que, no bien llegado él a Madrid (15 de febrero de 1916), se me ocurrió traerlo a mi lado. Apenas teníamos sitio y, aunque él puso por condición el pagar todos sus gastos, ni nos movíamos con libertad ni redondeábamos la cuenta. Don Carlos venía directamente de Lausanne, donde entiendo que tenía alguna propiedad y donde dejó de momento a su esposa, la poetisa María Enriqueta, al "güero" Miguel, su sobrino e hijo del poeta del mismo nombre, y a su cuñado Leopoldo Camarillo, a quien la gente de *Savia Moderna* llamaba "el Camarillo rural", por una errata de ciertos versos míos que aludían al "camarillo rural". (Ya había muerto, en México, la madre de María Enriqueta, la viejecita que siempre hablaba de "mi hermano Roa Bárcena"). Don Carlos llegó a Madrid en ánimo de germanófilo rabioso, y censuraba acerbamente al rey Leopoldo por haberse opuesto a la invasión, lo que, según él, significaba haber sacrificado a su pueblo en aras de la retórica jurídica. Don Carlos vivió con nosotros dos meses y medio. El 1º de junio de 1916, se trasladó a una posada (Infantas, N.º 2), donde había parado a su arribo; y en octubre hizo a Suiza un rápido viaje de ida y vuelta para traer a su familia, y se acomodó en un pisito de Lista N.º 66, no lejos de mi casa. Entretanto, yo me había cambiado al bajo exterior (segunda escena del tercer acto), más alegre y espacioso y que, por el costado derecho, recibía la luz y el aire libre de los inmensos terrenos aún sin construcción y todavía un tanto campestres.

No se crea, sin embargo, que aquella casa del General Pardiñas carecía de defectos. José María Chacón, quien, a su llegada de Cuba, y tras un breve alto en la Residencia de Estudiantes (loma del Pinar), se instaló en otro departamento del propio edificio —departamento que todavía conserva después de tantos años, aunque vive ordinariamente en la Habana, así como todavía conserva a su guardiana y cocinera, la que cantaba la Marsellesa con letra española—, ha escrito un ameno artículo donde dice, refiriéndose al frío que pasá-



Francisco Orozco Muñoz y Eduardo Villaseñor en el Pabellón Mexicano de la Feria de Sevilla, 1930



José María Chacón y Alfonso Reyes

bamos en la que él suele llamar *La Casa de hielo*:

No era el frío de la llanura ni el de la montaña; era un frío único, completamente desconocido para mí, que no parecía venir del aire, sino salir de lo más profundo de la tierra. No olvidaré nunca la imagen dantesca que esta dura impresión me sugería: la casa tenía por cimientto un enorme témpano de hielo. Así se explicaba que los brillantes radiadores estuvieran completamente helados. Así se explicaba también la ascensión inabable del frío, que lentamente cubría de una capa de hielo todas las cosas. Estaban cerradas las puertas y las ventanas. ¿De dónde venía aquel aire sutil que apagaba el vacilante brasero? Sentíamos que, junto al frío que venía de las entrañas de la tierra, un ambiente de misterio envolvía nuestra casa. (Alfonso Reyes y su impulso lírico, Santa María del Rosario, octubre de 1922.)

Pero, antes del cubano Chacón, había aparecido por Madrid otro mexicano, también testigo de la invasión de Bélgica: Francisco Orozco Muñoz, el llorado amigo, autor del libro *Invasión y conquista de la Bélgica mártir*, a cuya edición madrileña de 1915 puso prólogo Amado Nervo. (La segunda, México, 1919, lleva prólogo de Antonio Caso). Francisco me mostraba las sartas de petróleo sólido con que las tropas invasoras incendiaban las casas, y me contaba cómo, en compañía del arquitecto Pallares y con ayuda de un par de maniqués, se había ganado la vida por las ferias, vendiendo postizos, aderezos y rizadores para el peinado. El pobre Francisco, tan dulce y exquisi-

to en sus gustos, no abandonaría ya nunca sus amores de Bélgica, que fueron su premio y su destino.

Al fin me fué dable hacer traer mis libros, que yo había dejado en un guardamueble de París por la premura e incertidumbre de mi viaje, por falta de recursos y por falta de sitio donde acomodarlos. Para juntarme otra vez con mis libros tuve que hacer ahorros por más de un año y contraer una deuda con don Fernando Pimentel y Fagoaga, nuestro conocido financiero de tiempos de Porfirio Díaz.

Obras filológicas que corresponden a las dos moradas de Pardiñas, interior y exterior:

a) "Los textos de Góngora (Corrupciones y alteraciones)". (Bo-

*letín de la Real Academia Española*, año III, tomo III, cuadernos XIII y XIV, junio y octubre de 1916; y *Cuestiones gongorinas* págs. 37-89. En la pág. 70, línea 19, donde me refiero a la "tercera" parte de la *Historia Pontifical* de Bavaria, he advertido después que el Ms. Chacón, base de la edición de Góngora en que colaboré con R. Foulché-Delbosc —véase el tomo II, pág. 5 de tal edición— dice "cuarta parte". No sé ya cuál es la lectura correcta).

b) En "El reverso de un libro" menciono cierta edición de *El peregrino en su patria* que ya daba yo por perdida. La historia no acaba allí, y el final consta en este artículo que reproduzco de la *Revista de Revistas*. México, 20 de febrero de 1955:

#### Náufrago rescatado

A mediados de 1916, "Azorín" había sido encargado por la Casa Thomas Nelson and Sons, Ltd. (Edimburgo) de formar una colección de clásicos españoles y, a sugestión de Américo Castro, me encomendó una edición de *El peregrino en su patria*, obra de Lope de Vega que no había sido reimpressa desde el siglo XVIII y que sólo los eruditos manejaban y consultaban, más que por el texto mismo de la novela, para establecer precisiones sobre pasajes y cronología de las piezas teatrales en ella insertas o mencionadas.

Envié mi trabajo a los editores en noviembre de 1916; pero la Casa Nelson tropezó con dificultades en España para llevar a cabo su proyecto y prescindió de la colección española. A ello me referí en mi *Correo Literario*, *Monterrey* (Río de Janeiro, marzo de 1932, nº 8, pág. 6), y en una notita titulada "Los libros naufragos", reproducida después en "El reverso de un libro" (*Pasado inmediato*), la cual, además de mencionar el *Peregrino* de Lope, mencionaba también cierta antología española compuesta por Enrique Díez-Canedo, y un *Quijote* de cuyo texto se encargó el malogrado Angel Sánchez Rivero.

Entretanto, y al paso de mi trabajo, yo, que tenía instrucciones de sólo anotar lo absolutamente indispensable y de preparar un prólogo muy breve, escribí el ensayito sobre el *Peregrino* que he recogido en los *Capítulos de literatura española*, 1ª serie. (México, 1939, págs. 99-110). Además, entresaqué del *Peregrino* el "cuento de espantos" que, bajo el título *Las aventuras de Pánfilo*, di a la Colección Granada de Alberto Jiménez Fraud —Director de la Residencia de Estudiantes—, Madrid, 1920. Posible es que me resuelva a publicar otra vez seperadamente este relato infantil, único fragmento de mi edición que había logrado conservar.

Días pasados, estuve examinando mi correspondencia con "Azorín", recordé el caso y se me ocurrió escribir al Embajador de México en Londres, que lo es actualmente don Fran-

cisco A. de Icaza, hijo del ilustre cervantista, escritor, poeta y diplomático mexicano del mismo nombre, pidiéndole que averiguara si mi vieja copia del *Peregrino* se conservaba todavía de casualidad en los archivos de la Casa Nelson, y si ésta, en caso afirmativo, estaría dispuesta a devolverme el texto por mí preparado, en la inteligencia de que yo devolvería a mi vez la suma que había cobrado por este trabajo.

Apenas habían pasado veinte días, cuando el señor Icaza me contestó, enviándome la copia de la carta que le dirigiera el señor L. Murby, a nombre de la Casa Nelson. La cual no solamente manifestaba haber encontrado el texto en cuestión, debidamente guardado en su archivo y en muy buen estado, sino que asimismo declinaba el ofrecimiento de reembolso, elegante y caballerosa actitud muy digna de señalarse.

A estas horas, el paquete con la copia de *El peregrino en su patria* ha llegado ya a mi poder. Así ha podido recobrase un "libro naufrago", que probablemente veremos pronto publicado bajo los auspicios del Colegio de México.

La historia es edificante, porque prueba que aún existe la civilización, a pesar de treinta y ocho años de desastres bélicos, y porque una vez más confirma la bien ganada reputación de la caballerosidad británica.

c) El 23 de septiembre de 1916, Foulché-Delbosc me escribió desde París, pidiéndome que lo ayudara a dar término a su magna edición de Góngora, fundada en el Ms. Chacón, tesoro de la Biblioteca Nacional de Madrid.

No puedo ir a Madrid actualmente —me decía—, ni sé tampoco cuándo me será posible salir de París; por consiguiente, necesito tener en la Nacional una persona de confianza que se encargue, primero, de cotejar el manuscrito Chacón con las cuartillas que mandaré (habrá bastante por amputar y modificar para que resulten las cuartillas traslado fiel del original); y segundo, de cotejar el referido manuscrito Chacón con las primeras pruebas que vengan de la imprenta... Después de cotejadas las galeadas con el manuscrito Chacón, habría que devolverlas a la imprenta, la cual me mandaría las segundas pruebas, compaginadas ya, y yo haría una última revisión, valiéndome del ejemplar que tengo con mis apuntes y notas —todo lo cual se tomó hace años del Ms. Chacón, pero no es posible mandarlo a la imprenta, porque no lo entenderían. Calculo que dichas operaciones se habrían de efectuar sobre las dos terceras partes del Ms. Chacón, porque el primer tercio está ya corregido y no necesita nueva revisión... Todo está arreglado con la imprenta, la cual se compromete a acabar los dos tomos de la edición en tres meses.

Aunque me he referido ya a este asunto ("El reverso...", *Pasado inmediato*, págs. 123-124; prólogo

de las cartas de R. F.-D. que publiqué en *Abside*, México, 1955, XIX, 1; y cap. II de esta *Historia documental*, *Universidad de México*, IX, 7, marzo de 1955, pág. 11), la carta de que transcribo los anteriores fragmentos necesita algunas explicaciones:

1º R. F.-D. tenía esta obra en preparación cuando menos desde 1901, pues en la traducción de la *Historia de la literatura española* de J. Fitzmaurice-Kelly hecha por A. Bonilla y San Martín (Madrid, España Moderna, pág. 577), se lee: "Está en prensa una edición completa de Góngora, hecha por R. Foulché-Delbosc"; y, a partir de la segunda edición del Fitzmaurice-Kelly (Madrid, V. Suárez, 1916, p. 398), se da ya por publicada esta impresión en dos tomos.

2º En el prólogo a la edición gongorina, dice R. F.-D.: "Copié el manuscrito Chacón el año de 1900. Al publicarlo tantos años después, la suerte me deparó la amistad de Alfonso Reyes..., el cual no solamente me ha ayudado en una última revisión del manuscrito, sino que ha compartido conmigo la minuciosísima tarea de la corrección de pruebas. A él debo asimismo más de una valiosa sugestión relativa a la inteligencia de ciertas poesías..." (*Obras poéticas de D. Luis de Góngora*, New York, The Hispanic Society of America, 1921 —*Bibliotheca Hispanica*— I, pág. xvi).

3º Tengo entendido que, antes de acudir a mí, R. F.-D. usaba como auxiliar de esta edición, en Madrid, al archivero Lupián, el mismo a quien confió Emilio Cotarelo y Mori la edición académica de Lope de Vega por él heredada a la muerte de Menéndez y Pelayo. Lupián responde sin duda de los muchos errores notados en esta obra por Justo Gómez Ocerin. (REF, III, 2º, 1916, págs. 184-193).

4º Fué necesario rehacerlo todo, incluso dos o tres pliegos ya tirados, pues advertí graves errores de puntuación que hacían incomprensibles ciertas poesías.

5º Comencé a recibir el material de R. F.-D. el 25 de octubre de 1916. Aunque él pensaba que podríamos dar término al trabajo en tres meses, la obra sólo pudo publicarse en 1921.

6º Se encargó de la impresión la Casa Bailly-Bailliere (Núñez de Balboa nº 21, Madrid), con quien

sólo tomé contacto, tras el primer cotejo del Ms. Chacón en la Nacional, a mediados de enero, año de 1917.

7º El 1º de marzo de 1918, R. F.-D. me manifiesta su deseo de añadir a la edición gongorina un tercer tomo complementario, y me pregunta si estoy dispuesto a seguir colaborando con él en este nuevo tomo, lo que yo acepto desde luego.

8º Ya he contado ("El reverso..." y prólogo a la correspondencia con R. F.-D. publicada en *Abside*) los trabajos que pasaba yo para mantener abiertos los infolios del Ms. Chacón, en lo que mi esposa me auxiliaba, y cómo me valí de ciertos aparatitos japoneses, o

que así se decían, para calentarme las manos y evitar que se me quedaran ateridas con el frío de la Nacional.

d) A los últimos meses de 1916 corresponde "Un diálogo en torno a Gracián", publicado en la primera serie de *Capítulos de literatura española* con algunas notas y retoques que datan de fecha posterior. En la pág. 316, nº xii, explico cómo fragüé este supuesto diálogo con fragmentos de tres artículos de "Azorín" publicados en el *A. B. C.* de Madrid y con pasajes de una carta abierta en que yo contesté algunas de sus opiniones (*España*, Madrid, 21 de diciembre de 1916). A las notas de los *Capítulos*, págs. 280 a 281, sobre el reciente auge

de Gracián, puedo ahora añadir el *Oracolo Manuale e Arte della Prudenza*, trad. E. Mele, Laterza. Hay otra versión italiana de Gracián por Monreale. El libro de Croce —posterior al libro de Coster sobre Gracián—, *Storia della Età Barroca en Italia*, es importante para el tema. Erratas en los *Capítulos*: pág. 291, línea 14, dice "gabatela" por "bagatela", y en la pág. 316, línea 19, se lee "escogida" en vez de "reco-gida". En este libro he contado hasta hoy veintiséis erratas.—Refiriéndome a este ficticio diálogo, he dicho que bien pudiera figurar como tercer interlocutor Américo Castro, por su artículo "Gracián y España (*Santa Teresa y otros ensayos*)".

(Viene de la pág. 4)

parte, el hecho de que en esta relación prevaleciera una gran familiaridad de trato.

El hecho supremo, aquí y en Mesopotamia es que todas las fuerzas naturales, mediante la afirmación del carácter creador de mitos del pensamiento, podían ser convertidas en divinidades.

En cambio, aunque en Israel el hombre mantuvo una relación emotiva con Dios, esto es, no intelectual ni cientifista, sin embargo, el carácter de su religión no descansa en la naturaleza, sino en Dios mismo, y, aparte, el Dios hebreo es un Dios ético, no directamente utilitario.

En el monoteísmo hebreo, Dios imparte amor y justicia, y, por encima de todo, Dios es trascendente: se le exalta por encima del hombre y de la naturaleza, no como sus iguales. Dios está sobre toda la tierra y las cosas. Aunque se mantiene una relación personal con Dios, a través del *tú*, esta relación está sublimada. El es el centro y la esencia de la realidad última del hebreo.

En esta religión, Dios se eleva sobre el nivel de un Dios-naturaleza, la trasciende. Aquí, la naturaleza deja de considerarse divina. Es Dios quien prevalece. La naturaleza es su agente, no su par.

## E L PENSAMIENTO PREFILOSOFICO

El hombre, para el hebreo, era un ser esencialmente bueno y noble, como Dios, aunque no tenía los atributos últimos de justicia que éste retenía. El pensamiento de Israel era personalista: todo estaba empapado de la presencia personal de Dios. En concordancia, el principio de la Historia estaba impregnado de la voluntad de Dios, muchas veces en conflicto con los propósitos y la significación independiente del hombre.

Como resultado, la concepción del mundo que tenía el hebreo estaba penetrada de la idea trascendente de Dios. Así, los cielos eran el testimonio de su grandeza, mientras que "para los mesopotamios constituían la propia majestad de la deidad, el supremo gobernante, Anu. Para los egipcios, los cielos representaban el misterio de la madre divina que ha-

bía hecho renacer al hombre." En Egipto y Mesopotamia, los dioses estaban en la naturaleza. En Israel, Dios la trascendía.

De esta manera, hemos visto que el hombre antiguo no se enfrentaba a un *ello*, sino a un *tú*; la naturaleza se hallaba conectada con la sociedad.

Vista a través de la relación del hombre con su medio ambiente y por la expresión de sus mitos, la dimensión conceptual del mundo mesopotámico parece manifestar "una sensación de angustia" y un temor obsesivo hacia las fuerzas turbulentas e inexplicables de la naturaleza. En cambio, en Egipto, el mismo método nos lleva a establecer que la naturaleza con la que el hombre se relacionaba estrechamente era más benigna, aparte de que la estabilidad social estaba garantizada por el mismo faraón, quien era el hijo y la imagen del Creador.

Esto determina el que en ambos pueblos, la naturaleza tenga un valor supremo para el hombre. No así en Israel, donde los fenómenos concretos tienden a ser despreciados. Como consecuencia de que todas las fuerzas existentes en el medio ambiente del hombre dimanaban de Dios, el que las trasciende.

Por esta razón, Dios representa un grado tan alto de abstracción entre los hebreos que aquí ha sido superado el pensamiento creador de mitos, si bien en el hecho de haber sido alcanzada la concepción del Dios único, por medio de la experiencia dinámica y apasionada, no abstracta, no puede considerarse como que los hebreos hayan prescindido por completo de la idea del mito. Según los autores, los hebreos crearon un nuevo mito: "el mito de la voluntad de Dios".

La obra, dividida en dos volúmenes, constituye un extraordinario análisis acerca de la ideología y la concepción del mundo del antiguo Cercano Oriente, tal como se expresaba en Egipto, Mesopotamia e Israel.

La situación del mito dentro de la sociedad, supone una clave básica en el conocimiento de los valores y la filosofía del antiguo y del primitivo.